

## **El análisis del fetichismo de las mercancías, aportación primordial de Karl Marx**

**Intervención en el CIDECI de San Cristóbal, 2 de enero 2011**

Jean Robert

*Con este tema, había pensado poder entrar en diálogo con Anselm Jappe, que sabe exponerlo como nadie. Creo que no me desmentiría si afirmo que la elucidación del carácter falsamente misterioso, fantástico, supersticioso o, fetichista, del mundo de las mercancías es la contribución mayor de Kart Marx a la crítica de la economía política, antes aún de la explicación por la que es más célebre: la de la expropiación de la plusvalía del trabajo. Ya que Jappe no pudo venir, espero poder entablar este diálogo con Jérôme Baschet, que leerá su propuesta.*

*Me permitiré empezar con una anécdota. En este medio, se puede esperar que muchos conozcan a Teodor Shanin, un sociólogo del campesinado, de hecho uno de los importantes “campesinistas” vivos, muy amigo de Gustavo Esteva. Durante más de tres decenios, Shanin no ha dejado pasar un año sin reunirse por lo menos una vez con Iván Illich. En sus conversaciones, Shanin siempre defendía la idea que las infraestructuras prevalecen sobre las superestructuras, “fantasmas en la cabeza de los hombres”. Ahora bien, le parecía que ciertos estudios medievales de Iván Illich ponían las superestructuras antes de las infraestructuras, y reconocía que sus argumentos respecto, por ejemplo, a la desencarnación paralela del texto y del cuerpo a partir del siglo XII, eran convincentes. Concluía diciendo: “Es cuando una teoría se topa con sus propias contradicciones que se vuelve interesante”. Después de la muerte de Iván. Teodor ha sido su editor en Moscú, donde vive.*

*Alrededor de 1975, Shanin invitó a Iván a visitar Israel con él, país en la creación del cual tuvo alguna incidencia cuando era muy joven. Ya fundado el Estado, se rebeló contra él y lo abandonó en protesta contra el trato injusto que daba a sus ciudadanos no-judíos. Se estableció en Manchester, donde estudió sociología y se convirtió en el campesinista que conocemos. Teodor Shanin nació en Vilna, Lituania, bajo el nombre de Theodor Saidenshnur, palabra yiddish que significa literalmente hilo de seda y se puede entender como hilo dental. Es en Israel que cambió su apellido en Shanin, palabra que evoca algo relacionado con los dientes. Su amigo desde sus primeros tiempos en Israel fue Israel Shahak, espíritu libre y no convencional, tan erudito en cuestiones de judaísmo que podía decir y escribir lo que quería sin que nadie pudiera nada contra él. Su verdadero nombre era Israel Himmelshtaub, lo que significa “polvo de cielo” – o estrellas. Shahak, el apellido hebreo que adoptó, recuerda las estrellas y las galaxias. Todo esto me lo contó el mismo Shahak, que vestía blue jeans y sueter viejo y vivía en un departamento transformado en biblioteca cerca de la Plaza de París*

en Jerusalén. Cuando relaté mi encuentro con Shahak a Iván, repetía, riendo con ganas: “Hilo de seda y polvo de estrellas, ¡qué pareja!”.

He aquí la anécdota que cuenta Shanin sobre Iván en Israel, durante su primero y último viaje allá. Había sido invitado a pronunciar una conferencia en la universidad de Haifa. El día anterior, encontró un grupo de estudiantes latinoamericanos de esta universidad, todos marxistas de huesos colorados. Cuando le tocó hablar, dice Shanin, Iván se lanzó a una improvisación genial sobre el primer capítulo de *El capital*. Es el capítulo en él que Marx habla de la diferencia entre los valores de uso y los valores de cambio, del origen de la moneda y, sobre todo, del fetichismo de la mercancía. Tengo poco genio ni podría improvisar. Desde mucho tiempo, leo y releo este primer capítulo y tomo notas. Espero que mi trabajo de hormiga pueda suplir a la brillantez que no tengo. Lo que sigue es el resultado de ésta chamba.

*El capitalismo: acumulación de mercancías que se toma por “riqueza”*

Quiero empezar por la frase inicial de *El capital*: “La riqueza de las sociedades en las que prevalece el modo de producción capitalista se presenta como ‘una inmensa acumulación de mercancías’ ”<sup>1</sup>. Implícita en la frase está la idea de que pudo y puede haber de nuevo otro tipo de “riqueza”, que no consista en la acumulación de mercancías. Creo que la crisis que atravesamos nos puede llevar a una reflexión radical y sin sentimentalismo sobre este otro tipo posible de riqueza, y, por ende, de pobreza también.

Marx da la clave de entrada, ya que acaba la frase anotando que la riqueza capitalista se evalúa “mediante una unidad que es ella misma una mercancía”. ¿Cuál es esta mercancía que sirve para medir todas las mercancías? Creo que muchos de ustedes contestarían “el dinero”, y no se equivocarían. Pero cuidado: como un buen monetarista moderno que analiza la moneda como *relación* y sólo menciona su forma dinero después de ésta clarificación, Marx no dice todavía el nombre de esta mercancía que mide el valor de todas las mercancías. No lo dice porque no quiere caer a la trampa que él denuncia: el dinero es dos cosas: 1. fundamentalmente, no es otra cosa que la expresión de una relación de poder; 2. esta relación se

---

<sup>1</sup>Karl Marx, *Capital, A Critique of Political Economy*, New York: The Modern Library (Random House), 1906 (1873), p. 41.

presenta como congelada en relaciones entre cosas. Antes de mencionar la forma congelada, es decir el espejismo que casi todos toman por una realidad, hay que clarificar la relación real: “Nuestro análisis empezará por un análisis de lo que es una mercancía”.

### *¿Qué es una mercancía?*

Sólo después de haber cumplido éste análisis, se podrá hablar de ésta misteriosa mercancía que mide todas las otras y - pero eso muy al final - darle el nombre que le da el pueblo creyente: “el dinero”. Con esto ya indicamos que, para Marx, el dinero es en gran parte un fenómeno religioso que definirá como “superstición”, enfatizando sus aspectos “místicos”, “teológicos” o “fetichistas”.

“La mercancía es una cosa capaz de satisfacer una necesidad o un deseo”. Y añade, invalidando de antemano los discursos sobre las pretendidas ‘necesidades básicas’ y las que no lo son: “No hay diferencia si esta necesidad o este deseo se origina en el estomago o en la fantasía” (op. cit. p.41). Lo que hace que una cosa sea una mercancía es su utilidad, y tenemos que añadir: su utilidad para una persona particular. El punto crucial no es si esta utilidad está fundada en “necesidades fundamentales” o en “deseos fantasiosos. Es que “[c]ada cosa útil (hierro, papel, etc) puede ser analizada bajo dos puntos de vista: la *cualidad* o la *cantidad*, según dos tipos de valor: el *valor de uso* y el *valor de cambio*”.

### *Los dos aspectos de la mercancía*

Insistamos: cada cosa *útil*, es decir cada cosa que, por su utilidad, puede volverse mercancía - pero no lo es necesariamente - tiene dos aspectos: un aspecto *cualitativo* y un aspecto *cuantitativo*. La cualidad define el valor de uso, la cantidad – y sólo ella – el valor de cambio. En otras palabras, el valor de uso lo es por sus cualidades *concretas* particulares, el valor de cambio es valor por una sola característica: la *cantidad*.

De ahí las definiciones siguientes:

*Valor de uso*: El valor de uso de una cosa reside en sus cualidades concretas y se revela en el uso: son los actos de uso de una cosa los

que determinan su valor de uso. Además, el valor de uso de una cosa no depende necesariamente del trabajo que se le metió.

*Valor de cambio:* En el tipo de sociedad que vamos a analizar, los objetos útiles pueden además ser los repositorios de otro tipo de valor: el valor de cambio. Este tipo de sociedad es la sociedad capitalista. Contrariamente al valor de uso, que es cualitativo, el valor de cambio es una relación meramente cuantitativa, una cantidad.

En un mercado de trueque, un mercado sin dinero, cada “mercancía” tiene varios valores de cambio: por ejemplo, un quintal de maíz se puede intercambiar por tantos bultos de cemento, o tantos kilos de sal, o tantas varillas, etc. Lo que hizo el capitalismo posible es un tercer tipo de mercancía con la que *todas* las otras se pueden comparar. Es el origen del dinero. En realidad me adelanto: Marx aún no lo nombra. Me adelanto para acortar la explicación. Hay dinero en muchas sociedades, pero sólo en la sociedad capitalista, el dinero, fundamentalmente una relación de poder, es una mercancía.

#### *Proximidad de los conceptos de mercancías fetiches y de mercancía ficticia*

Y ya que me adelanté, voy a mencionar lo que más o menos un siglo después de Marx dijo Karl Polanyi al respecto. ¿Qué es el dinero? Es fundamentalmente una relación de poder sobre personas y sobre cosas. En la sociedad capitalista, esta relación tiene un precio: el *interés*. Ya que tiene un precio, en cierta forma, es una mercancía, aun que no tenga ninguna utilidad. En efecto, contrariamente a todas las otras mercancías, el dinero no tiene valor de uso: no se puede comer, no sirve ni para vestir ni para cubrirse. El dinero en sí, no sirve para nada: es la cosa inútil que mide todas las cosas útiles que se han transformado en mercancías. Además, su producción no requiere la aplicación de un trabajo de valor correspondiente. En tanto que mercancía, el dinero es, según Polanyi, una *mercancía ficticia*. Según Marx, es un *fetiché*, palabra que significa cosa facticia, ídolo. Etimológicamente, las palabras fetiché y ficticio tienen el mismo origen y casi el mismo sentido.

Pero quedemos un rato más con Polanyi. Hay dos mercancías ficticias o fetiches más: la tierra y el trabajo. La tierra es naturaleza, y el

trabajo coincide con los poderes del cuerpo humano. Ni el dinero, ni la tierra, ni la fuerza de trabajo han sido producidos para la venta en los mercados y por lo tanto, no corresponden a la definición de lo que es una mercancía. Sin embargo, en la sociedad capitalista, tres mercados dominan todos los otros: el mercado del dinero, el mercado de la tierra y el mercado del trabajo. Los tres son mercados en los que, algo que no corresponde a la definición de las mercancías es tratado como mercancía. Son los tres mercados de las *mercancías ficticias*, pilares de la sociedad capitalista y financiera y que, hoy, sirven más que nunca de pilares a la sociedad capitalista.

En el mercado del dinero, se arruinan los ahorros de ancianos pobres y de los trabajadores.

En tanto a la tierra, es primordialmente un valor de uso natural, pero al convertirla en valor de cambio, el mercado no sólo oblitera su valor de uso, sino que oculta su naturaleza y su realidad social de *territorio* o de *terruño*, como decía el maestro Andrés Aubry. Para poder vender el territorio nacional, el Estado tiene que negar el valor de uso de la tierra y prohibir su uso por sus dueños legítimos. No necesito recordar aquí los defensores de la tierra asesinados. Estoy orgulloso de hablar aquí a defensores de su terruño.

En cuanto al trabajo, mi fuerza de trabajo es mi cuerpo. La mercantilización sin límite de la fuerza de trabajo, no sólo me expropia de mi propio trabajo, sino que desvalora su uso directo. Lo único que valora el capitalismo, son los productos del trabajo abstracto de otros, anónimos, es decir las mercancías.

Repitamoslo: las mercancías tienen una naturaleza doble. Para el capitalista, su carácter es meramente cuantitativo: ¿cuánto vale? Para el usuario o comprador, tienen un valor de uso.

### *La negación del valor de uso en ojos del el capitalista*

Si ahora hacemos abstracción del valor de uso de las mercancías, sólo les queda su valor de cambio, y este refleja una propiedad común a todas ellas: son productos del trabajo. En la sociedad capitalista, se hace

abstracción de los elementos materiales, de las cualidades y de las formas que hacen que un producto pueda ser un valor de uso. Ya no se ven casas, sino valores inmobiliarios. Recuerden que es el fetichismo de la mercancía que fundamenta el mercado de los “valores prediales” el que desató la crisis financiera del 2008. Similarmente, el mismo fetichismo borra la visión de que un tejido está hecho de hilaza o una mesa de madera. El capitalismo ha ocultado todas las *civilizaciones materiales* basadas en el conocimiento empírico de la materialidad de las cosas. Ya no se percibe la hilaza de la que está hecha el tejido: ya no se sabe si está hecho de lino o de plástico. Y se olvida que las mesas están hechas de madera: hoy son de aglomerados cubiertos con formica u otro tipo de plástico (hay hasta hojas de plástico para cubrir muebles que son fotos de madera): En los productos del albañil, del tejedor o del carpintero, dice Marx, sólo se ven precios. “Su existencia como cosas materiales está puesta fuera de vista” (op. cit., 44). Personalmente, encuentro en la obra de Michel Foucault la esperanza de que podrá haber un retorno de esos saberes concretos subyugados. Quizás, cuando se acabará el petróleo, volverá la hilaza de lino o de cártamo y las mesas volverán a ser de madera.

Marx explica que, en la sociedad capitalista, la única característica común que queda a las mercancías es la cantidad de trabajo homogéneo, abstracto. “sin cualidad” necesario para producirlas. Ha dicho que este trabajo “en lo abstracto” representa trabajo congelado, o trabajo muerto. El valor de cambio de cada mercancía representa cierta cantidad de este trabajo congelado en valor, muerto. Eso explica porqué, en una sociedad atiborrada por este trabajo congelado en valores, hay tantas cosas útiles y tanta gente inútil, es decir inutilizada. Porqué hay tantas “riquezas” y tantos pobres, quiere decir gente pauperizada, vuelta pobre por las instituciones de la sociedad.

Pero esto sólo es el aspecto cuantitativo de la *pauperización*. Esta también tiene un aspecto cualitativo más profundo que la pobreza material. El trabajo congelado en mercancías en exceso, éste trabajo muerto, por su misma acumulación, mata el trabajo vivo del cual mi cuerpo es capaz, lo vuelve obsoleto, inútil. Para ilustrarlo, basta ver como el exceso de

“servicios de transporte”, es decir el congestionamiento del tráfico vehicular, paraliza la marcha y destruye la capacidad de caminar. De manera análoga, el trabajo congelado en mercancía, que siempre es trabajo extraído del cuerpo de los trabajadores, es expropiado de manera que esos pierden todo dominio sobre él. Y además, como lo acabamos de ver, la acumulación de este trabajo congelado congela a su vez mi potencial de trabajo vivo. Marx definió este trabajo congelado como “una sustancia social que cristaliza en valores de cambio”. Pero insistamos: a casi un siglo y medio de la redacción de *El capital*, se ve algo que Marx sólo pudo *concebir* teóricamente. Esa cosa es, si me perdonan la redundancia, la parálisis del trabajo vivo – es decir de la potencia de mi cuerpo – por el exceso de mercancías. La riqueza definida así se vuelve fuente de empobrecimiento. Como lo vio Gandhi, cuando hay demasiadas cosas útiles, la gente se vuelve inútil. A la potencia de los pobres, hay que oponer la impotencia de los ricos.

*Producción directa de valores de uso y restos de valor de uso en las mercancías*

Volvamos a nuestra lectura: “Quien satisface sus deseos o necesidades con el producto de su propio trabajo crea valores de uso, no mercancías” (op. cit., p. 48). La potencia de los pobres es ésta capacidad de producir valores de uso. El Banco Mundial y otras instituciones financieras quieren ayudar a los pobres suministrándoles préstamos, mercancías y servicios. Es una ayuda tóxica. Los quieren transformar en clientes. La impotencia que es expropiación del trabajo vivo va de la mano con la expropiación de los terruños. La expropiación y transformación de la tierra en valor de cambio va de la mano con la transformación del trabajo vivo en trabajo congelado, es decir en valor de cambio.

Los valores de uso - es decir las cosas útiles como la hilacha, los abrigos, las mesas – son combinaciones de dos elementos: la materia que los constituye y el trabajo que les da forma. “Si hacemos abstracción del

trabajo útil requerido, queda un sustrato material que es suministrado por la naturaleza sin la ayuda del hombre” (op. cit., p. 50). Por lo tanto, “[e]l trabajo no es la única fuente de la riqueza material (o prosperidad) es decir de la abundancia de valores de uso producidos por el trabajo propio. Como lo dijo William Peattie ‘El trabajo es el padre, la tierra es la madre’ ” (op. cit. p. 50).

Contrariamente a la invasión por valores de cambio, un incremento en los valores de uso sería un incremento concreto de la prosperidad (ver op. cit., p. 50). Un siglo y medio después de él, podemos ir un paso más lejos que Marx. Un incremento esa potencia como capacidad de trabajo vivo es un verdadero incremento de la prosperidad.

En un mundo donde, cada vez más, los únicos valores reconocidos son los valores de cambio, se persiguen a los productores directos de valores de uso. Iván Illich ha llamado esta persecución la *guerra contra la subsistencia*. El mercado y el Estado combaten la subsistencia de dos maneras:

1. mediante el *desvalor* que es la destrucción de capacidades autónomas y de saberes empíricos necesaria para crear una demanda de mercancías; el desvalor puede manifestarse en normas que prohíben el uso de patrimonios naturales y vuelven obligatorios mercancías y servicios de sustitución;
2. por la eliminación de cosas que fueron gratuitas, “como el aire puro y el agua limpia” que, según Marx, no hacen parte de la economía política porque no son y “nunca serán” mercancías; con ello, patrimonios otrora gratuitos se venden como mercancías, aun cuando su “producción” no ha necesitado un trabajo correspondiendo a su precio;

### *Constitución del monopolio de la moneda*

No olvido que leemos el primer capítulo de *El capital* para examinar como Marx introduce lo que en mí opinión es su aportación teórica mayor: la explicación del *fetichismo de la mercancía*, es decir, como lo dirá en

términos poco ambiguos, del carácter religioso, fetichista o supersticioso del capitalismo. Desgraciadamente, en una exposición corta, no podemos proceder con tanta prudencia que Marx, en cuyo texto el agente de este fetichismo sólo aparece en la página 79. En las páginas anteriores, como ya lo indiqué, Marx expone, como relaciones entre agentes humanos - los trabajadores y los que explotan su trabajo – lo que el fetichismo capitalista describe como relaciones a cosas y entre cosas. Quizás debamos primero hablar de la génesis de lo que Marx llama “el equivalente general” y, luego, de “la transición de la forma general del valor a la forma moneda”. “La forma del equivalente general es una forma general del valor que puede ser asumida por cualquier mercancía”. Por ejemplo, cuando llegue a México hace casi cuarenta años, existían todavía “mercados de trueque” sin dinero, a la manera de los tianguis aztecas. En uno de ellos, en el Estado de Oaxaca, el que quería vender un producto lo intercambiaba por cierta cantidad de sal, con la cual “compraba” después los productos que necesitaba o deseaba. Se dice demasiado fácilmente que, en esos mercados, la sal servía de “dinero”. Estrictamente hablando, la sal servía de *equivalente general*. En los mercados de la ciudad de Tenochtitlan, había varios equivalentes, y ninguno era general. Por ejemplo, se usaban alternativamente telas, granos de cacao o hachas de piedra como equivalente. Sin embargo, en el mercado de Taxco, descubrí delgadas hojas de cobre en forma de hachas que podríamos considerar como “centavos de hacha”. Nunca oí explicaciones antropológicas de lo que eran realmente. Si hay un antropólogo en la sala, lo invito a que confirme o rebata mi intuición, de que se trata de una premonición azteca del equivalente general. Eh aquí uno de estos misteriosos objetos.

Dice Marx: “Si una mercancía asume la forma universal del equivalente general, ha necesariamente sido excluida del resto de las mercancías como su posible equivalente” (op. cit., p. 79). Es en el momento en que una sola mercancía ha sido excluida que la forma general del valor relativo de las mercancías adquiere una consistencia real y una validez social general”. Decir que el equivalente general ha sido excluido del resto de las mercancías quiere decir que ha perdido una característica que todas las

otras tienen: su valor de uso. Para que una mercancía particular sirva de equivalente general, tiene que volverse absolutamente inútil. Supongo que la sal de los mercados de trueque todavía podía usarse para salar la comida. Aun no era un equivalente general perfecto. Para encontrar un equivalente general perfecto, es decir perfectamente inútil, hay que considerar las sociedades de la parte del mundo en que se originó el capitalismo: Europa. Ahí, desde una época bastante temprana, el equivalente general (casi) perfecto porque es (casi) perfectamente inútil fue el oro, con el cual, hoy, ni siquiera se hacen dientes falsos. O esta hermana pobre del oro que es la plata.

La mercancía particular, con cuya forma física la forma equivalente se asociará socialmente de ahora en adelante, se vuelve la mercancía-moneda: sirve de moneda. Su función social específica y por lo tanto su monopolio va a ser de desempeñar el papel de equivalente universal dentro del mundo de las mercancías” (op. cit., p. 79, 80). En los tiempos de Marx, un elemento o una mercancía particular aún asumía esta función y ejercía este monopolio. Era el oro. Eran los tiempos del *patrón oro* de la moneda, sólo abolido a principio del siglo XX.

### *El capitalismo como religión, fetichismo, idolatría, superstición*

Después de estos recovecos teóricos, estamos listos para enfrentar el fetichismo de las mercancías y su secreto (ver op.cit., p. 81 ss): “A primera vista, una mercancía es una cosa bastante trivial, que se entiende sin dificultad. Sin embargo, su análisis revela que es en realidad una cosa bastante extraña, llena de *sutilezas metafísicas y teológicas*. En tanto a su carácter de valor de uso, no hay nada misterioso respecto a eso, igual si lo consideramos desde el punto de vista de aquellas de sus propiedades capaces de satisfacer una necesidad o un deseo humano o desde la perspectiva que esas propiedades son un producto del trabajo humano. Está claro como el día que el hombre, con su trabajo, cambia la forma de los materiales suministrados por la naturaleza de manera a volverlos útiles. Por ejemplo, se cambia la forma de un pedazo de madera para hacer una mesa.

[...] Pero, desde el momento en que una cosa se manifiesta como mercancía, se metamorfosea en algo trascendente. No sólo – si es mesa – está parada en sus cuatro pies, sino que, en relación con todas las otras mercancías, esta parada sobre su cabeza y de su cerebro de madera surgen ideas grotescas, mucho más maravillosas que todo lo que dicen las mesas giratorias de los espiritistas” (op. cit., p. 81, 82).

¿De donde, entonces, viene el carácter enigmático del trabajo desde el momento en que asume la forma mercancía? Evidentemente, no se origina en su valor de uso. Tampoco proviene de la naturaleza de los factores determinantes del valor, y eso por dos razones:

1. por muy variadas que sean las formas del trabajo útil o actividades productivas, son hechos fisiológicos [...] efectos de las actividades del cerebro humano, de los nervios, músculos etc;
2. respecto a las formas de trabajo básico [ground work, p. 82] que hay que considerar para la determinación cuantitativa del valor, es decir su duración, es decir la cantidad de trabajo, queda muy claro que hay una diferencia palpable entre su cantidad y su cualidad.

¿De donde proviene el carácter enigmático de la mercancía? Evidentemente de su forma misma, la forma-mercancía. La igualdad de toda suerte de trabajo humano se expresa en el hecho que todos son igualmente *valores*. Finalmente, las relaciones mutuas entre los *productores* mediante las cuales se afirma el carácter social de su trabajo toma la forma de una relación social entre los *productos*.

“La razón por la cual una mercancía es algo misterioso es que, en ella, el *carácter social* del trabajo humano aparece como un *carácter objetivo* sobreimpreso en el producto de su trabajo. En otras palabras, la relación de los productores a la suma de su trabajo se les presenta como una relación, *no entre ellos, sino entre los productos de su trabajo*. Eso es la razón por la que los productos del trabajo se vuelven mercancías. Las relaciones de valor entre los productos del trabajo en tanto mercancías no tiene ninguna relación con sus propiedades físicas y las relaciones materiales que se originan en ellas. Estamos en presencia de una relación social entre hombres que toma, en sus ojos, la forma fantástica de una relación entre cosas. Lo que pasa entre los productos de la mano del hombre en el mundo de la mercancía es como si producciones del cerebro humano aparecieran

como entes independientes dotados de vida y capaces de entrar en relación entre ellos y con los hombres. Llamo esto el *fetichismo* inherente a los productos del trabajo desde el momento en que se vuelven mercancías.

El *fetichismo de las mercancías* – concluye Marx - tiene su origen, como lo mostró mi análisis, “en el muy peculiar carácter social del trabajo que las produce”.

.